

# Una habitación en Babel

Eliacer Cansino



Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil, 2010  
VI Premio Anaya de Literatura Infantil y Juvenil

*A mis alumnos,  
que me han permitido una y otra vez  
volver sobre las mismas preguntas.  
O sea, las importantes.*

La Torre no es Babel, pero podría serlo: por las ansias desmedidas, por la confusión que contiene. Nada más llegar al pueblo se la ve. Su imponente figura de gigante famélico del desarrollismo de los años sesenta, la deja torpemente en evidencia, como un gigante jubilado, junto al resto de los edificios. Nadie puede permanecer en su puerta más de dos minutos: un río de vida y confusión se precipita hacia dentro y hacia fuera incesantemente y arrastra al que allí permanece.

—No permitiremos que se construya otro edificio así —dicen los de urbanismo sin saber si jurarlo o no, porque hoy nada se jura y bien pudiera ser que mañana estén construyendo otro igual en la otra esquina del pueblo.

El pueblo se llama Alfarache. En el mundo no es nada, tal vez ni siquiera aparezca en los mapas, pero para sus habitantes lo es todo y todo pasa por Alfarache, atraído por el magnetismo de su monumental Corazón de Jesús bajo el que un cardenal se construyó un sarcófago para esperar la resurrección, indicando que allí estaba él, no fuera a pasar de largo el dedo de Dios y quedase para siempre en polvo. Hay que subir hasta esa colina desde donde hace siglos han ido aparcando sucesivamente fenicios y romanos, visigodos y árabes, y donde hoy los arqueólogos, aprovechando la carcoma

del metro, intentan descubrir las claves enigmáticas de un cerro llamado Chaboya, donde al parecer los musulmanes instalaron el castillo que da nombre a la localidad: Alfarache.

La Torre es el mayor edificio del pueblo, un bloque ácido e inhumano en el que viven tantas personas como en toda la urbanización de casitas adosadas que acaban de construir en las afueras. Personas instaladas en estantes del aire, como libros, cada uno con su historia, historias buenas e historias malas. Unas a punto de abrirse y otras de cerrarse.

En el zaguán de la Torre, cuando llueve, o en el puestecillo de cartones improvisado en la calle, Patachula pasa el día pregonando su rifa particular. Es un hombre que cojea con una dificultosa maniobra de su cuerpo. Vende unas papeletas que están prohibidas, con las que rifa 500 euros, 80 000 pesetas (aún tiene que decirlo así para que lo entiendan), y que distribuye entre los vecinos y que firma sin el menor pudor, *Patachula*. Solo en una ocasión coincidieron con el número de la suerte y Patachula pagó religiosamente las papeletas vendidas, con lo que la confianza en su rifa creció entre los que aún dudaban de que repartiera el premio.

Viven también en la Torre indios, marroquíes, ecuatorianos, españoles, guineanos, nigerianos... Trasiegan de un lado para otro, trapichean, traen y llevan el sustento de sus vidas, las historias con que arman sus conciencias, la memoria polvorienta de los desiertos, los caracoles, el baile de maíz y cumbia, el temblor del citar, la voz apocalíptica que nace de los alminares... A veces se les oyen restos de conversaciones:

—Solo hasta que mi marido venga de Barcelona.

—Tu marido no va a volver, ¿te enteras?

—¡Qué sabes tú! Nunca te cayó bien.

.....

—Lo encontré en el autobús.

—Tienes que devolverlo.

—¿Cómo voy a devolverlo? ¡Estaría loco!

.....

—Es un pitbull legítimo. Por menos de quinientos euros no te lo vendo.

—¿Y ataca?

—¿Que si ataca?

.....

—No le vuelvas a poner la mano encima a la niña.

—¡Tú estás loca! ¡Quién te has creído que eres!

.....

—Los médicos no saben lo que es.

—Buena pinta no tiene.

.....

Conversaciones que van al aire y se confunde por los pasillos.

Al caer la noche, el hormiguero se apacigua. Quedan aún algunos gritos últimos, intempestivos. Después el silencio.

Aquí viven Berta y Lucía y Rashid y Stéfano y Gil y Ángel y Nor. Aún no saben que pertenecen a una misma historia.



## 2

—No sé cómo ocurrió y apenas tengo conciencia de la primera vez, aunque creo recordar que vi a un niño que estaba a punto de dejar caer una columna de latas de conserva en un supermercado, y se lo advertí a mi madre, y ella me dijo: «Anda, déjate de tonterías»; y de repente se vino encima toda la montaña de envases, y el niño quedó debajo, aprisionado, cayéndole una tras otra todas las latas en la cabeza, achichonándolo, y mi madre comenzó a gritarme a mí, como si todo fuera cosa mía, porque yo se lo había dicho antes de que ocurriera... La pila de latas desplomándose y los clientes paralizados, y ella zurrándome sin mucha fuerza, más para que los demás comprendieran que no aprobaba mi faena, y yo exagerando el dolor, como hacen los futbolistas que se dejan caer y se retuercen en el suelo, para que mi madre, que no me hacía ningún daño, quedase bien delante del encargado, que se acercaba y le decía: «Déjelo, señora, déjelo, que es un niño y son cosas de niños». Esa es la primera imagen que tengo de mis visiones.

Así se lo contó a Berta. Mitad con miedo de que se burlara de él, mitad con la superioridad de quien sabe que va a deslumbrar. Pero ni lo uno ni lo otro ocurrió. Ni rio ni sufrió deslumbramiento alguno. Escuchó atentamente y des-

pués sacó su *Memorín*, la impertinente libretita en la que lo apuntaba todo, y escribió: *Marcos me cuenta hoy que desde hace algún tiempo tiene el don de la adivinación, que en ocasiones ve lo que va a pasar. Pero yo no le creo. Todo lo hace para deslumbrarme, para atraer mi atención.*

«Atraer su atención, de eso se trata», pensó Marcos. Así que se concentró en el relato de su nueva visión:

—Veo a tu madre, Berta. Va gritando por las habitaciones que no soporta más tanto desorden, que lo que vea por medio lo tira; y toma la bolsa vacía de El Corte Inglés, la funda de las medias, la cajita de las zapatillas, y, muy enfadada, lo arroja todo al contenedor. Entonces veo el camión de la basura que se acerca, apestandolo todo, y los basureros enganchan el contenedor a una manivela y aprietan un botón y lo suben y lo vuelcan. Toda la basura se pone a girar, se enredan unos desechos con otros, y la cajita de las zapatillas se destripa y salta de su interior la *Memorín* disparada, evitando por suerte los dientes de la máquina. Vuelve a ponerse en marcha el camión, se encamina a las afueras, el cielo está estrellado, limpio, ajeno a la inmundicia, con la misma luna para los amantes, para el recogedor de basuras, y para un perro que aguarda como un asilado la hora de comer —«espero que le gusten estas frases últimas»—. Recula el camión y vacía su vomitera, caen las cabezas de perdiz, una docena, como bolitas de plumas que el perro considera una fiesta, después las bolsas, compresas, el yeso de una pierna que abandonó su contenido humano, las mondas lirondas, los huesos de jamón, periódicos, la jaula con su pájaro muerto, pues ya que se tira, se tira todo, y un oso de peluche sin ojos, ciego, arañado, sin saber qué le pasa y junto a él —«esto tengo que dejarlo claro»—, sobre una caja de galletas, la *Memorín*, tu

agenda, intacta, sin el elástico, abierta, dejándose mover por el viento como las aspas de una revolera, mira, mira, veo pasar los días: agosto, mayo, febrero, doce, once, siete, ahí está: *Marcos me cuenta hoy que desde hace algún tiempo tiene el don de la adivinación, que en ocasiones ve lo que va a pasar. Pero yo no le creo. Todo lo hace para deslumbrarme, para atraer mi atención.* Y eso lo has escrito tú, Berta, ¿no es verdad?

Marcos sabía que iba a dolerle. Pero tenía que intentarlo.

—Tu madre tiró la *Memorín* a la basura —dijo calibrando el daño que reflejaría su rostro.

—¿Por qué dices eso? —preguntó, echándose las manos a los bolsillos. Se hurga en uno, en el otro—. No la tiró, está aquí, mírala.

—Me refiero a la del año pasado. Tu madre la ha tirado.

—No me digas eso. ¿Cómo lo sabes?

—¿Qué importa cómo lo sé? ¿Qué tienes escrito allí que tanto pueda preocuparte?

—¿Que cómo sabes eso, que mi madre la tiró?

—Lo he visto. No irás ahora a extrañarte. Veo cosas, ya sabes.

—¡Maldita sea! Esa *Memorín*, no. La de cualquier otro año, vale, pero esa no.

Berta escuchó el relato de la visión. Dudaba de que fuese cierto, pero aun así salió corriendo para su casa, a confirmarlo por ella misma. Al cruzar la calle estuvo a punto de que la atropellara un coche. No solía esperar en los semáforos. Miraba a un lado y a otro, y saltaba sorteando temerariamente los vehículos, ante los gritos e insultos no solo de los conductores sino de cuantos esperaban la orden de cruzar:

—¡Chula, que eres muy chula!

—Maldita seas, niña, ¡que me buscas una ruina!

—Habrase visto, ¿después dicen que en el colegio les dan educación?

Berta tropieza con un vendedor de pañuelos.

—Niña, mira por dónde vas.

Por fin divisa el bloque de pisos. Está enfrente, pero aún tiene que esperar otro semáforo. Son las cuatro esquinas, el cruce principal del pueblo, y en una de esas esquinas está la Torre. Se queda mirando la puerta. Otra vez Rashid y el de los bolígrafos. Berta prepara una fresca, por si acaso. Cruza el semáforo y llega a la puerta. Rashid le corta el paso.

—¿Dónde vas tan ligera, Rubia?

—Y a ti qué te importa. Déjame pasar.

—Niña, seis bolígrafos un euro —dice el amigo de Rashid que siempre está en la esquina con el cuerpo lleno de bolígrafos: bolígrafos en los bolsillos, en las manos, bajo el cinturón, tras la camisa, en la bolsa que tiene en el suelo junto al semáforo.

—¡Déjame pasar, tío!

—Me llamo Rashid, a ver si aprendes mi nombre, Rubia.

—Pues yo no me llamo Rubia, que lo sepas.

Por fin Rashid se aparta y Berta pulsa el llamador sin interrupción. La abuela de Berta es sorda y solo si el pulsador se mantiene a punto de fundir los cables alcanza a oírlo. Ella espera; se inicia el lento trasteo de ruidos, la mano de la abuela levantando el aparato, dejándolo caer, una vez, dos veces, intentando colocárselo en el pabellón auditivo, ¿cómo?, da igual, en la oreja, y por fin su voz casi gruñido, que hace que Rashid se aparte y le haga un gesto al colega de los bolígrafos insinuándole que la vieja bebe.

*«Beben y beben  
y vuelven a beber  
los peces en el río  
por ver a Dios nacer»*

—dice para sus adentros Berta, para fastidiar al del Corán.

—*¡Quiénel!*

—Soy yo, abuela.

—*¡Quiééééé!*

—¡Abuela, yo!

—Espérate.

De nuevo se oye el trasteo en el auricular; Berta sin mirar a Rashid, Rashid sin dejar de mirarla.

—¿En cuál botón es?

—El de abajo, abuela, el de abajo, el que tiene un puntito rojo.

Mágico dedo que por fin se posa sobre la amapola del interruptor y todas las puertas se abren para que pase «la reina de la Torre», que diría Stefano el poeta de las pizzas.

—Si dijeras: Ábrete Sésamo, todo abrirse pronto —y se ríen Rashid y el de los bolígrafos. Rashid aprendió ese chiste nada más llegar con las primeras lecturas que hizo de un fragmento de *Las mil y una noches*. Desde entonces lo va diciendo por todos los sitios cuando se encuentra algo cerrado: Ábrete Sésamo, y el colega de los bolígrafos, como no entien- de nada, se ríe de lo que el otro se ríe.

Cuando llega al ascensor pulsa al cuarto. Las paredes pintarrajeadas. Decenas de insultos, insinuaciones procaces. Mejor no leerlos, pero Berta los lee. Sin querer los lee, porque podría no leerlo, dado que ya se los sabe de memoria, sobre todo ese que dice: «Rubia, te voy a...», que sabe que le han escrito a ella y que está firmado por «E», para que parez-

ca Estéfano, pero el que lo ha escrito no sabe que Stéfano nunca escribe con «E» su nombre. Y al lado uno muy largo en árabe que no entiende y que le gustaría preguntar a Rashid, pero que no lo hace porque no quiere darle confianza.

Se detiene el ascensor. Desde que hicieron la mudanza los del sexto le han estropeado la puerta y hay que esperar dos clic antes de abrir, pues si empujas antes ya no se abre y tienes que pulsar hasta el último y después bajar a pie. «¡Pero si subieron un burro, con el cachondeo!». El presidente lo sabe y les ha notificado que si no pagan la reparación, que son 117 euros, les pondrá una denuncia.

—Pero a ellos les importa un bledo —dice don Gil, el solitario de la Torre, el único que tiene una habitación con libros en esta colmena donde el papel escrito es casi siempre una desgracia.

—¿Por qué le dicen «don» a ese que no paga la comunidad y no me dicen «doña» a mí que bien que pago? —gritaba Begoña la vecina que vive dos pisos más abajo, en un día de bronca memorable.

Y la contestación inolvidable de don Gil:

—¡El honor es patrimonio del alma, señora! ¡No del bolsillo!

—¡Malas *puñalás* te den!

Por fin sale Berta del ascensor, llama a su casa y le abre la abuela, que está esperándola tras la puerta.

—¿Cómo llegas tan pronto?

—Abuela, hoy hemos acabado antes el instituto, ha faltado la de Francés.

—Esa siempre falta, ¿no?

—Sí, abuela, siempre falta. Tiene mucha cara. Ha ido al Rocío. Y después, si hay que cambiar un examen, la bronca y

la dignidad: «El examen está puesto y no se puede cambiar. Haberlo pensado antes. Yo no voy a estar sometida al gusto de los alumnos. Tenéis que aprender que los compromisos están para cumplirlos». ¡Claro! Seguro que ella se compromete todos los años con el Rocío y cumple fielmente su promesa.

—No seas tan entrometida Berta, que le sacas punta a todo. Ya sabemos que tiene mucha cara, pero tú como si no fuera contigo que después te cogen manía, como el cura del año pasado cuando te dijo que fueras sincera y le dijiste que no creías en Dios y te costó la misma vida aprobar. ¿Dónde vas tan ligera?

—A buscar una libreta que me temo que mi madre haya tirado.

Berta entra en su cuarto, mira junto a la mesa, donde dejó la caja de las zapatillas con la *Memorín* y, en efecto, no está.

—¡Dios mío, no puede haberla tirado! ¡Pero qué mal le hace a ella que yo tenga las cosas por medio!

—¡Te lo tiene dicho, Berta! ¡Es que eres *mu requetecabezona*! ¡Que recojas lo que te sirva! ¡Que ordenes! Ayer estuviste hasta las tantas con tu amigo Marcos y después lo dejaste todo por medio.

—¡Pero yo no entro en su cuarto y le tiro lo primero que vea fuera del armario!

—Ya, pero tu madre es así. Ya sabes que llega de trabajar a las tantas y viene de mal humor.

—¡Y yo qué culpa tengo!

—Ninguna, pero tampoco te cuesta nada ser más ordenada. ¿Era algo importante? Si no es dinero, no era importante.

—Pues no es dinero, abuela, y sí es importante.

Berta abre el ropero, mira en la parte baja, donde están los zapatos. Hay otras cajas, pero no está la de las zapatillas. Recuerda que la sacó, pero no recuerda si la volvió a guardar. Va a la cocina, mira donde están las cosas para la basura y tampoco está. No cabe duda, si no está en ninguno de esos dos sitios es que la ha tirado. La abuela de Berta, la viejecita Mati, se sienta otra vez frente al televisor. Están poniendo su programa de salud preferido, el del señor Torreiglesias; y hoy habla de la hernia de hiato. No quiere perderselo porque intuye que el dolor que tiene en el pecho es eso, una hernia de hiato. Hasta ahora casi todas las enfermedades las tiene la abuela Mati: varices, artrosis, cistitis, azúcar, tapón en el oído y ahora la hernia de hiato. A la abuela Mati le gustaría atender un poco más a su nieta, pero Torreiglesias la embauca, la fascina, qué bien habla, cómo la ayuda a sobrellevar sus males, y cuánto la anima oírle decir al final de cada programa que cada uno tiene la edad que desea tener y que la tercera edad es la mejor para viajar. Eso le encanta y espera otro de esos viajes gratuitos que organiza el Ayuntamiento, esta vez a Cazorla, o alguno de esos a los que va con Manuela, la vecina del tercero, y en el que a la hora del café hay una charla, les enseñan los productos y hay que comprar algo. Puedes no comprar, pero entonces te miran mal, piensan que eres una gorrón y al siguiente viaje te dicen que no hay sitio. Es lo que le pasó a Adela, que iba solo por el viaje, y ni siquiera ponía los tres euros para pagar a escote la merienda. Si uno mira sobre el televisor, verá un reloj de pared con una corona inglesa repujada, es de los viajes. La colcha que hay en la cama de la madre de Berta, es de los viajes. Los *tapergüeis* que no caben en el mueble y que están encima de la alacena, son de los viajes. Y el pájaro, el pájaro que canta todos los días a

las seis y a las tres de la mañana, *el avisapastillas*, a ese puedes ponerle hasta tres avisos y él no se corta, con su canto tropical, y el ruido de fondo de selva, te dice, esté quien esté delante, que ya es la hora de tragar tu gragea.

Berta se echa sobre la cama. No sabe qué hacer. Tiene escritas en la *Memorín* quince, veinte páginas, no más, pero está segura de que tenía una buena historia, su primera historia importante de verdad. Hasta ahora todo lo que había escrito eran bobadas, cosas de niña, algún cuento de amor, con mucha luna rielando sobre la mar, o estrellas en el infinito titilando, enviando un mensaje de amor en morse de alguien que se había ido para siempre y se había convertido en estrella... En cambio ahora, ahora... no se atrevía ni a decirlo, tenía una historia dura de verdad, una historia con un boxeador acabado que encontraba el amor de una mujer a quien también los combates del *ring* de la vida le habían dejado K.O. Esa imagen le gustaba muchísimo, le parecía llena de fuerza. Pero Berta ya sabía que las historias o están escritas o no existen, que no vale con tener la idea, que la idea cualquiera la tiene, que la novela solo es novela cuando está escrita y que las tres mil o cuatro mil palabras que había depositado apasionadamente en su *Memorín* no regresarían a ella fácilmente, por más que quisiera recordar todo lo que había escrito desde el día en que imaginó la cara desfigurada del púgil.

—Juro que daría cualquier cosa por recobrar mi *Memorín* —dijo.

Y al decirlo se dio cuenta de que acababa de vender su alma al diablo. Porque ¿qué era aquello sino una oferta abierta a cualquier poder que pudiera otorgarle su deseo?

Y ese poder, claro está, era el de Marcos.